

EL CUERPO-MUJER. UN RECORTE DE LECTURA EN LA NARRATIVA DE DIAMELA ELTIT

Raquel Olea
La Morada Chile

Leer hoy la producción literaria de Diamela Eltit(1): exige tanto una incorporación de su recepción crítica como una lectura del proceso de su instalación y legitimación en la institución literaria, como elementos de su actual productividad. Una actual lectura no puede obviar ese proceso de recepción y legitimación cultural como operación de reconversión de los sentidos político-culturales y de los significados literarios de esta producción.

Revisar el recorrido de la producción de Diamela Eltit implica, por una parte, revisar la trayectoria interna de una escritura, en su ambigua asunción del género novela como lugar de soporte de su narrativa; como señala E. Brito. *Lumpérica* provoca en el escaso medio ambiente literario chileno una reacción dual: fascinación, por un lado; horror, denotado como oscuridad y cripticismo”(2).

Una crítica tradicional e interesada en la preservación de los órdenes institucionales no pudo hacer otra cosa que calificarla peyorativamente de novela críptica, experimental o ambiguamente ubicada en las fronteras de lo lírico, con lo cual se operó un primer momento de aislamiento y confinación de los textos al reducto de lo elitario o lo marginal.

Lo cierto es que la dificultad de leer estas novelas se centró, en un primer momento, no sólo en su carácter de transgresión, a ordenanzas literarias: órdenes de los géneros, subversiones sintácticas y de construcción del texto que explícitamente la autora se propone, sino también a la desobediencia política que significó hacer una literatura de subversión, fuera de una determinada concepción de la literatura manejada por los sectores de izquierda que se adjudicaban la representatividad de la oposición político-cultural en esos años en Chile. Esos sectores también ejercieron un boicot sobre producciones que des-califican de vanguardistas, elitistas y no directamente comprometidas con el proceso de recuperación democrática y denuncia de la represión.

¿Dificultad del medio cultural chileno de esos años de recepcionar textos innovadores y efectuar operaciones de lectura que estuvieran fuera de los códigos de resistencia instalados como válidos por la aquiescencia de posiciones de izquierda oficial y comités de derechos humanos u oficinas de amnistía?

¿Dificultad de aceptar una propuesta innovadora que transitara desde el no poder cultural de la escritura de mujer?

Afortunadamente algunos contados espacios de recepción literaria han ido legitimando también en estos años en Chile otras operaciones de lectura. Me refiero a lecturas que abren los métodos y esquemas rígidos de interpretación del texto a sistemas conceptuales tradicionalmente fuera del dominio de la interpretación literaria; psicoanálisis, teoría feminista, concepciones pluralizadas de comprensión de la

historia y lo social, que han contribuido a liberar definitivos aportes de sentidos, político-social y de crítica a órdenes culturales, en textos y producciones como la que aquí examino.

Producción que claramente inicia su trayectoria con intenciones de trastocamiento a poderes instituidos, y de transgresión a ordenanzas consolidadas. En la escritura de Eltit, el texto adquiere la doble dimensión de espacio descentralizador y descentralizante de políticas socio-literarias y culturales. Dimensión que no podría hacerse productiva en un ejercicio de lectura ordenado desde los poderes que el propio texto pone en cuestión.

Su tránsito cultural, no es en este sentido un camino del margen hacia el centro por cuanto el propio texto propone políticas literarias fragmentarias, pero sí se marca en un camino textual perturbado por la mutua resistencia del poder de la institucionalidad y el mercado a productos incómodos y de incierto lugar; textos de destino originalmente imprevisible. Por su parte, los propios textos gestionan su desarticulación como ejercicio de contrapoder.

Diamela Eltit, destaca E. Brito, "es quien desde el género novelesco, genera una brusca transgresión a los modelos dominantes haciéndolos aparecer en la superficie de su narrativa, para difuminarlos y volverlos a plantear desde otros mecanismos que, trazando sobre la materia lingüística una vertical que oscurece sus paradigmas, los reabre hacia un modelo nuevo de lectura"(3).

No pienso que esta literatura proponga sólo el reemplazo de un modelo de lectura por otro, sino más bien son textos que se abren a lecturas móviles, que no podrían dejar de incorporar las distintas transgresiones, como factor de des-orden, es decir de gestión de otros órdenes —textuales, culturales—; como elementos enriquecedores de su propuesta de sentidos y de significación literaria. Entiendo como desorden, cualquier gestión que intente trastocar el cuadro de normas y codificaciones, vigentes en cualquier sistema establecido, para a partir de esa movilización desestructurante de sus elementos, alterar lineamientos y buscar otras dicciones y otras relaciones posibles.

Adscrita a ciertos principios neo-vanguardistas, en sus comienzos, es posible detectar en la escritura de Diamela Eltit (des)ordenamientos que surgen de:

1. El deseo de interrogar materiales de la escritura; los géneros, como categorías siempre difíciles de movilizar. Me refiero a la identidad del texto.
2. La provocación que surge del modo de interrogar los discursos de hermandad patria, familia, identidad latinoamericana, en textos que surgen en situación social de censura, clausura, represión, quiebre cultural, evidenciando el debilitamiento de dichas retóricas. Me refiero a la identidad latinoamericana.
3. La subversión a órdenes arcaicos: genéricos, parentales, mentales, familiares, subjetivos. A partir del señalamiento de los desbordes de pulsiones de poder y deseo operado en y por los cuerpos, esta escritura plantea una pregunta por la (in)movilidad de los órdenes sexuales como espacios de lo real, lo imaginario y su evasiva de respuesta a los mandatos y poderes que los administran. Me refiero a las identidades sexuales que estos textos interrogan.

Haciendo de la analogía una operación posible de lectura quisiera ver en la transgresión de los órdenes genérico-literarios, un paralelismo que se desplaza hacia la transgresión de los órdenes genérico-sexuales. Ambos organizan cuerpos socioculturales que asumen o resisten las ordenanzas de sus funcionamientos. Es la desconstrucción de esos órdenes lo que intento leer en esta escritura.

Propongo, entonces, como una primera aproximación al complejo problema de

una crítica que pueda conducir a liberar los trastocamientos a los órdenes de los géneros, leer en la producción literaria de Diamela Eltit el objeto cuerpo como espacio de contención de depósito, de experiencias: sexuales, sociales y culturales que configuran identidad al margen de los órdenes culturales de los géneros, en la medida que (des)articulan subjetividades, roles y estereotipos de lo masculino y lo femenino como categorías culturales inmóviles y fijadas en la construcción de una simbólica fundamentalista de lo paterno y lo materno. Intento una lectura que inscriba el cuerpo como espacio de experimentación transgenérica, que gestiona (des)identidades culturalmente riesgosas.

Intento leer el cuerpo haciendo uso del concepto "objeto" en la acepción que le otorga Josefina Ludmer, "lo que se lee en la escritura otra o de otros. La categoría de objeto abre el espacio de la crítica porque refiere a la materia que se recorta o construye para leer (determinadas escenas de palabras, nombres, historias en palabras, vacíos de palabras, relaciones y sociedades de palabras) y el sentido que se les da y que es indisociable de su construcción (en esos objetos pueden leerse universos, sociedades, sistemas, sujetos, pasiones, historias y cuerpos diversos) (4).

CUERPOS DE(S) GENERADOS

Sexo y género se han configurado en el imaginario cultural como una analogía de identidad, cuyo cuestionamiento significa, al menos, una tremenda amenaza a las identidades definidas principalmente por su función en la reproducción de la especie. En el actual sistema de representaciones la cadena significativa macho-hombre-masculino en oposición a hembra-mujer-femenino no da lugar a cruces, quiebres, intersecciones, que posibiliten otras identidades que aquellas normadas desde los sistemas que han reglamentado las articulaciones sociales. Cualquier ruptura, omisión, acumulación o quiebre de los datos que conforman esa cadena propicia un sujeto *degenerado* es decir fuera de la ley que ordena, en este caso específico, el funcionamiento de los sexos. Sin embargo, la fijación de la identidad masculina o femenina responde más que a las experiencias propias, específicas de los cuerpos culturizados: hombre o mujer, a las construcciones simbólicas que de las funciones reproductivas ha configurado la ley patriarcal. La construcción simbólica de los cuerpos ha suprimido las experiencias de su materialidad como proceso de experimentación de identidades móviles, transitorias; historizadas. Lo masculino y lo femenino se han afianzado cada vez más como categorías abstractas y esencialistas.

Hay múltiples hilos por donde armar metáforas de las simbólicas de lo femenino y lo masculino, como opuestos: las oposiciones público/privado, cultura/naturaleza, activo/pasivo, razón/intuición, escritura/oralidad, centro/periferia, etc., han servido para afianzar construcciones que hoy, constatadas las crisis del patriarcado, de la modernidad, de las utopías, en otra situación histórica empiezan a fragilizarse.

Aprehender los cuerpos como espacios de políticas y poderes diversos: cuerpos deseantes, pulsionales; espacios exploratorios, resistentes a los mandatos de las leyes de la reproducción como opción única, significa como primera instancia hacer un reconocimiento a una existencia móvil, plural; por tanto de(s)generada, por tanto fuera del régimen ordenador de los géneros esencializantes e inmovilizadores.

Variadas imágenes de cuerpos actuantes nos muestran hoy en las concepciones de la moda, en las posibilidades de la cosmética, en la cirugía plástica y otros gestos, cruces, intervenciones, acumulaciones enriquecidas por las potencialidades de los cuerpos como territorios a re-habitar.

En este sentido pienso que la literatura de Diamela Eltit construye una máxima

productividad del cuerpo como depósito de experiencias que implícitamente proponen identidades que, o bien incluyen acumulativamente experiencias pre-signadas, o bien generan intersecciones, cruces o quiebres que hacen surgir, como rasgo fundamental, la identidad de los personajes. En esta ocasión privilegiaré mi (a) cercamiento a los cuerpos de personajes "femeninos".

Desde esta perspectiva, una primera aproximación a la producción literaria de Diamela Eltit nos hace visualizar en su literatura la construcción de cuerpos que juegan sus identidades en distintos espacios y contextos sociales, haciendo de la pregunta por la identidad (individual, social) un tópico de su escritura; espacios mayoritariamente obstruidos, encerrados, cercados o desarticulados de las geografías legitimadas como social-público. Anti-espacios en sus modos de producir sus relaciones de poder, contienen cuerpos emergentes, cuerpos residuales, cuerpos bullentes, cuerpos devastados autoproducidos como espacios rituales que desde una gestualidad iniciática o inaugural proponen su constitución de identidades articuladas en la desconstrucción de relaciones parentales y oposiciones establecidas.

Es la marca de la experiencia en los cuerpos, aquello que, como huella, como trazo construye y transforma identidades en los personajes de sus novelas. Cito en *Lumpérica*: "y así de vencidos en vencedores se convierten" o en *Por la Patria*: "Seré de vencida en vencedora especie". Cuerpos iniciados que en *El cuarto mundo* y *Vaca sagrada* se harán trayecto hacia su propio poder, movilizado desde la des-identidad de los sin historia en lugares de desamparo y marginalidad. Camino que se hace correlato de la historia latinoamericana en que estos textos buscan inscribirse. Cuerpos/textos que se presentan como ofertas en clave al desciframiento de sus sentidos e identidades. Cito: "La literatura se construye de azares, de la llegada hipotética a la plaza de unos cuantos que se sientan en los bancos para que los otros los miren y los descifren". (*Lumpérica*). La administración de los cuerpos (textuales-sexuales) por sus propios usuarios, articula lo incestuoso, lo cruzado de una gestión que instala la crisis de géneros y territorialidades; geográficas, corporales, literarias-indefensas.

Centraré mi lectura de estas novelas en el gesto curioso de averiguar en los cuerpos: sexuados, asexuados, transexuados, plurisexuados, la proposición de identidades sociales que despliegan su actuar desarticulándose de demandas exigidas culturalmente.

Los cuerpos contruidos en las novelas de Diamela Eltit usan y abusan de sus atributos "tomándose todas las atribuciones" deseantes que los modelan en relaciones textuales fundamentalmente gestionadas en tensiones de poder.

La literatura de Diamela Eltit se fundamenta en la construcción de cuerpos como espacios físicos señalados por su sumisión o resistencia a los poderes sociales e individuales que los articulan: la costumbre, la ley, los sistemas de normas morales.

Es en este sentido que a partir de una resemantización de experiencias y prácticas que aparecen centradas en su propio poder de repliegue y despliegue, y no en las categorías de lo masculino y lo femenino, ejercitan una resignificación de simbolizaciones culturales. Esta lectura intenta privilegiar un corte, abrir una sajadura en su entramado. *Lumpérica*, su primera novela se propone como un ceremonial de cuerpos, centrifugados por el cuerpo de una mujer, *L. Iluminada*, exhibida por los focos de la plaza; expuesta, objeto de la mirada voyeurista del lector/a. Los cuerpos de *Lumpérica* existen sólo en cuanto objetos cercados por el haz de luz que los configura como espectáculo, como espacio teatralizado en la estetización de lo victimado de los cuerpos en acoso. *L. Iluminada* se hace cargo de los poderes de su cuerpo en cuanto espacio escenificado por el acoso de la luz. Crucificada por la luz, fijada por la luz del luminoso *L. Iluminada* revierte el acoso en gesto exhibicionista de su cuerpo, en el

gesto del autoerotismo y la provocación que se ejerce por lo abyecto como objeto caído que es radicalmente un excluido de lo social, según señala J. Kristeva(5). La escritura gestiona el autoerotismo, la provocación y el goce, redimensionando y revirtiendo lo victimado en producción de sentido subvertido de órdenes y lugares culturales. La plaza, escenario ciudadano cercado, se erotiza revirtiendo lo carcelario y vigilado de su metáfora en espacio de liberación. “Porque si bien esta imagen que han construido es de tristeza, también de placer es”.

La novela transcurre desde el cuerpo como un territorio que se produce en cuanto expuesto. El frote, la rapadura de la cabeza, los cortes en la piel constituyen marcas que sacralizan el cuerpo mujer resignificando la escena del bautizo —rito inicial de la identidad cristiana— como signo que traza la huella hacia una identidad fundada en necesidades autodeterminadas. La escritura ejerce el giro ético de ritualizar e inscribir la mancha (no de borrarla) de *L. Iluminada* en un cuerpo que estetiza y glorifica lo subversivo de su mácula: “Y así la quemada le dará nueva cicatriz que le forjará el cuerpo a voluntad”. La identidad se construye en las marcas, huellas de experiencias depositadas en la materialidad del cuerpo como texto y su poder de alterar, modificar órdenes y destino. Contra el mito de la belleza femenina construido sobre la cosmética y el maquillaje que oculta su hueco abismante, se yerguen las necesidades del deseo que busca su goce. El cuerpo mujer emerge como signo radiante que abre puertas a la exploración de esas zonas vedadas y veladas. La constitución de ese cuerpo mujer latinoamericana que *Lumpérica* inicia desde lo más desprovisto, lo más lacerado de una individualidad lumpen, rapada, tajeada, metáfora de lo excluido, lo carcelario, lo marginal de(s)generado en extremo, se señala fuera de la regla que ordena el ser femenino.

Los códigos que ordenan sexo y texto, tendrán en sus próximas novelas flujos y reflujos orientados hacia un cuerpo mujer que culmina en un ascenso al poder que emerge de la productividad de la pasión como lugar de ruptura de códigos éticos y estéticos, al dar curso a la re-instalación de un imaginario abolido culturalmente.

Si *Lumpérica* productiviza la exhibición del cuerpo mujer como espacio en el que se inscriben marcas, huellas, acoso, como reversión de una identidad femenina maquillada por el deseo masculino, *Por la patria* re-marca el cuerpo como espacio político que escabulle la heroicidad mítica, al re-armar un espacio antiheroico en la épica colectiva de cuerpos femeninos. Su sentido, re-significar los espacios marginales como potenciadores de discurso ritual libertador “Hablé extenso, feliz, prudente y generosa”. Coya-Coa, la protagonista mezcla de juglara, pícara y reina mestiza del hampa; adviene a su destino signada por un cuerpo que desde sus orígenes señala las marcas de los elegidos. Territorio meztizo de la acumulación paterna y materna, su cuerpo se erige como zona de potencia y cruce: “Mi hombro fue paterno totalmente masculino cuando portée la entrada con mi pie femenino, la planta de mi madre me guiaba”... “Mi mama”, “mi padre, mi trío, que soy machi”. Coya significa en su cuerpo la ruptura de genealogías y comportamientos sexuales que la arrojan fuera de la “ley” para desde allí, de lo más marginal metaforizado en el bar (antiespacio de orígenes divinos) como centro sacralizado, lugar de experiencias iniciáticas, advenir al rango de los héroes.

Es el uso y abuso de su sexualidad múltiple, incestuosa, lésbica autosatisfaciente, lo que la construye como heroína de la (anti)gesta que *Por la patria* escribe. Gesta que en el revés de las leyes de la épica no intenta poner en acción un “discurso monológico en que el narrador habla a otro y por otro transmitiendo verdad y significado trascendental”(6), sino potenciar discursos, degradados, antiheroicos, en relación

dialógica, que juegan la exploración de zonas mentales resistentes a los poderes dominantes.

La experiencia corporal del incesto adquiere el rango de ceremonia de iniciación hacia un destino superior que se cumple en la conducción de su colectividad oprimida hacia la liberación.

La identidad de lo heroico se marca en *Por la patria* en lo aglutinante de un cuerpo que señala signos de lo masculino y lo femenino cultural. El cuerpo incestuoso revierte su signo negativo en la escritura de lo prohibido del incesto como rito de unción y elección: "Victimada en el soplo, viuda de mi padre, viuda de mi madre, enlutada, me recojo hasta mi propia fundación, anterior al bar, enseñada en la selva oscura de mi madre". Necesidad de otro cuerpo cultural, otra habla social, para resistir identidades agotadas. La identidad de la protagonista en *Por la patria* se resume en cuerpo y habla expuesta de la heroína, cuya voz asume lo colectivo de su estirpe "multiplicadas en veinte coas de raza Coya y yo, Coa en el incesto total de la patria. Libertas hablamos".

Finalmente, quiero referirme a *Vaca sagrada* última novela de Eltit como texto que hace emerger una otra identidad mujer, que surge de una resignificación de signos femeninos desprestigiados culturalmente. Resemantizando datos corporales capitalizados por una simbólica que ha construido una retórica de lo cíclico de la naturaleza, de lo mítico de la fertilidad, de lo fluido de la emoción, de lo abierto del cuerpo mujer como símbolos de lo femenino, la escritura de *Vaca sagrada* trabaja el sangramiento del cuerpo de la mujer, como un modo de re-instalar, con otra dimensión, una diferencia corporal obviada por los sectores que intentan neutralizar las diferencias en los cuerpos y construir un sujeto único, como por aquellos que proponen señalar la diferencia en el esencialismo de las categorías inmóviles de lo femenino y lo masculino.

Vaca sagrada escribe la construcción de la identidad del cuerpo mujer a partir del poder que despliega en la administración de su propio deseo y en la búsqueda acoplada del deseo del otro. El deseo se configura como generador de poder. La sangre configura el deseo. La narradora de *Vaca sagrada* se construye y constituye en voz, en experiencia textual, a partir de su doble capacidad de gestionar por una parte, relato ficticio, y de su experiencia corporal del sangramiento: "Sangro, miento mucho". Poder del cuerpo, poder de la palabra se configuran así como las marcas de identidad de la narradora.

Si bien la sangre menstrual ha obtenido un lugar dentro de las tabuizaciones de la sangre, reconocido en los estudios antropológicos como poder de las mujeres frente a la naturaleza; ese poder de las mujeres menstruantes se señala en las mitologías de la sangre por lo negativo que surge del carácter impuro, poluto de su estado. Frazer en la *Rama dorada* señala una larga lista de temores que causaba en su pueblo una mujer menstruante por su poder dañino y destructivo(7). La construcción del cuerpo mujer en la escritura de *Vaca sagrada* subvierte el carácter impuro de esa construcción cultural que esconde ese cuerpo que sangra, que de puro escondido pareciera que no sucede. Hecho que las propias mujeres intentan olvidar y niegan en eufemismos médicos calificándolos de enfermedad, e indisposición. Diamela Eltit opera en su escritura un ejercicio de reversión de ese imaginario, otorgándole a esa escena corporal, el poder de gestor de la pasión, del deseo del otro y del poder de los cuerpos acoplados. "El habla nos incitaba a realizar pedidos letales cuando el placer se venía encima... Era el poder de mi sangre".

Si René Girard ha visto en la sangre, sangre ritual, sangre sacrificial, sangre derramada, su carácter sagrado inscrito culturalmente como representación simbólica

del acto violento y fundacional del asesinato del padre por la horda primitiva(8). Diamela Eltit confiere al cuerpo mujer —vaca, mula, yegua, perra, en la acumulación de sentidos peyorativos que pueblan el imaginario popular patriarcalista— un estatuto sagrado que emerge de esa experiencia corporal como don singularizado, como rito iniciático y movilizador hacia la pasión y el poder del deseo corporal.

Como anuncié al comienzo de este trabajo, he intentado leer en la producción literaria de Diamela Eltit el objeto cuerpo como recorte que posibilita la construcción de un universo a significar. El cuerpo mujer fuera de los sistemas culturales que al representarlo, maquillarlo, vestirlo, generizarlo lo han esencializado en una identidad limitada por las simbólicas de lo materno.

El cuerpo mujer que Diamela Eltit construye en su escritura re-signa las marcas de su identidad cultural en la potenciación de su biología, su somática, de sus poderes deseantes y de una instalación en lo social que existencialmente se da en las relaciones con otros cuerpos más que en funcionamientos asignados culturalmente. En este sentido esta escritura propone un alto rendimiento para proposiciones teóricas y discursivas que intentan instalar otras políticas de los cuerpos.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Lumpérica*, 1983. *Por la patria*, 1986. *El cuarto mundo*, 1988. *El padre mío*, 1989. *Vaca sagrada*, 1991.
2. BRITO, EUGENIA. *Campos Minados*, Santiago, Editorial Cuarto Propio, p. 173.
3. BRITO, EUGENIA. Op. cit., p. 167.
4. LUDMER, JOSEFINA. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988. p. 14.
5. KRISTEVA, JULIA. *Poderes de la perversión*, México, Editorial Siglo XXI, 1988.
6. OLEA, RAQUEL. *Por la patria, una épica de la marginalidad*. Revista LAR N° 11, Concepción, agosto, 1987.
7. FRAZER, GEORGE. *La rama dorada*, México, F.C.E., 1969.
8. GIRARD, RENÉ. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama.